

**Certamen**

**Literario**

**I Concurso de**

**Relatos Cortos**

**Negro-**

**Criminales**

**Identidad en el**

# sepulcro

El hombre apuró el trago de ron y con el dorso de su mano se limpió los labios. Miró en derredor y solo vio rostros desconocidos con el ceño fruncido.

¿Qué lugar tan raro? -pensó- Tal parece que nunca hubieran visto un visitante.

Un joven fornido, con sombrero de nylon negro se levantó de su taburete y con pasos de ruidosas polainas se acercó al mostrador y miró al forastero a los ojos.

Por aquí cualquier desconocido nunca es bienvenido –dijo en voz alta, para que todos lo oyeran y por ese gesto supo el forastero que estaba frente al guapo del pueblo.

Al terminar de hablar, el joven dejó un poco abierta la boca, en actitud provocativa, pero olvidó ladear su cabeza, lo que le confirió al rostro un aspecto bobalicón.

El hombre no le respondió y sacó del bolsillo de su camisa una cajetilla nueva de cigarrros. Se tomó su tiempo en abrirla.

**Acaso eres sordo como una mula –le espetó con irritación, pero esta vez cuidó mantener mejor compostura expresiva.**

**¿Es tuyo este lugar? –señaló el forastero en voz baja mientras dibujaba con su dedo en el aire un amplio semicírculo.**

**El joven siguió con los ojos la evolución de un grueso anillo de oro con una gema azul.**

**No –contestó de mal talante- pero eso nada importa.**

**El hombre hizo señas al cantinero para que llenase nuevamente su vaso de aguardiente. Todos en la cantina tenían los ojos fijos en la escena, incluso quienes jugaban naipes dejaron sus cartas suspendidas en el aire.**

**Definitivamente, eres sordo como una mula –repitió con terquedad.**

**El hombre apuró el trago y se limpió los labios con el dorso de la mano. Tomó un cigarro y sacó una cerilla. Entonces miró al provocador.**

**¿Solo sabes repetir las mismas palabras, muchacho? –dijo en tono cansado y prendió el cigarrillo haciendo un cuenco con su mano.**

**El joven se movió inquieto y sus polainas sonaron. Odiaba que lo llamaran muchacho delante de la gente y menos todavía un desconocido.**

**¿No sabes pelear acaso? –inquirió en voz alta para recuperar su temple.**

**En el bar hubo un murmullo de voces.**

**El desconocido dejó caer el cigarrillo al piso y lo aplastó con la punta de**

su zapato.

Quieres pelea ¿No? –le preguntó al mozalbete sin levantar la voz.

El fornido joven se ajustó el cinturón solo para sentir la seguridad del machete en su cintura. Sacó el pecho desafiante.

Quiero que te vayas –le dijo.

La situación se le estaba convirtiendo en un círculo vicioso y le irritaba sobremanera la serenidad del forastero.

¿Qué edad tienes, muchacho?

El joven comenzó a perder su ecuanimidad. El tipo lo trataba como si fuera un chiquillo.

¿Qué te importa, imbécil? –le gritó y dio un paso adelante.

Puede que si Eleonor se entera como me tratas te busques un problema – dijo mirándolo a los ojos.

El muchacho se quedó de una pieza.

¿De qué Eleonor hablas?

El forastero sintió en la voz del provocador esa mezcla de incertidumbre y furor que antecede a un descalabro.

Hablo de tu madre, muchacho.

¿Cómo sabes el nombre de mi madre? -preguntó con reprimida ira.

Lo leí por ahí –dijo y le volvió la espalda.

El joven intentó sacar el machete de su cintura, pero el hombre se volteó con celeridad y le propinó un fuerte golpe en la zona del riñón que lo hizo caer al suelo sin proferir un quejido.

Ahora invito a todos a una ronda –dijo mirando los rostros estupefactos de la gente.

Un gigante se acercó al forastero con un vaso de ron en la mano y le preguntó su nombre.

Mi nombre poco importa, pero me dicen Tabo, el Carnicero.

Cuando en la cantina escucharon aquel apodo se hizo un silencio de muerte.

¿Hablas acaso de Tabo, el boxeador asesino?

El hombre apuró otro trago de ron.

Tú lo has dicho.

Todos le miraron con profundo respeto y algunos empezaron a reconocer en el rostro lampiño con una cicatriz en la mejilla la misma cara aparecida tantas veces en las primeras planas de la prensa del país hacía más de una década, fuera para glorificarle o injuriarle.

¿Acaso no estuviste involucrado en un juicio por drogas?

Sí.

¿En que andas ahora?

Busco a alguien –dijo y se pasó con suavidad los fuertes nudillos de su

mano por la mejilla.

Si puedo ayudarte –le susurró el gigante.

El Tabo movió la cabeza.

Nadie puede ayudarme –aseveró y se volvió cuando escuchó un quejido.

Era el joven provocador que empezaba a levantarse del piso.

Ven acá, muchacho porque creo que necesitas un buen trago de ron –  
exclamó El Tabo.

El mozalbete estaba de pie y miraba azorado en derredor. Parecía como si  
acabaran de despertarle de una profunda pesadilla y sin hacer caso de la  
invitación, abandonó la cantina dando tumbos. Todavía estaba mareado.

El Tabo regresó tarde en la noche al hotelucho barato donde se había  
hospedado. Pidió la llave y subió a su habitación. Abrió la puerta y sintió  
el olor de la humedad.

Caminó hasta el desvencijado refrigerador y sacó de la puerta una botella  
de aguardiente de caña. Con la boca la descorchó y se empinó un largo  
trago.

Fue hasta la cocina y tomó un vaso de cristal. Lo llenó de aguardiente y  
regresó a la sala. Se dejó caer sobre el sofá, algo mugriento, pero todavía  
cómodo.

Algo he logrado hoy en esa cantina –pensó y prendió un cigarrillo.

Observo sobre la pared de la sala una cucaracha adulta y se quitó un  
zapato. Cogió puntería y lo lanzó con fuerza. La pintura tomó en aquel

sitio un ligero tinte ocre amarillento.

Recostó su cabeza en un brazo del sofá y siguió fumando pensativo.

Había pasado mucho tiempo desde que Gilda le abandonara, pero en la cárcel tuvo tiempo de ir reconstruyendo poco a poco el rompecabezas y lo que vio no le gustó para nada.

Dio una larga chupada al cigarrillo y expelió el humo, que se quedó flotando en la habitación sin desaparecer.

La revelación del rompecabezas le condujo directamente hasta aquel pueblucho de mala muerte.

Al menos ahora, todos sabrán que estoy aquí y esa información tiene que llegarle a Gilda a más tardar mañana –pensó y lanzó el cabo encendido por la ventana, que lanzó una chispa roja y se perdió en la oscuridad.

Sin quitarse los zapatos ni desvestirse, el Tabo se quedó dormido sobre el sofá.

Los primeros rayos del sol le despertaron. La ventana quedaba abierta en dirección al oriente del país.

El Tabo se levantó tumefacto y se estiró cuan largo pudo. Fue hasta el baño, se quitó la ropa y se metió bajo la ducha. El agua fría terminó de desperezarle. Se amarró la toalla en derredor de su cintura y caminó descalzo hasta la cocina, mientras dejaba sobre el piso un rastro de agua.

Puso la cafetera sobre la llama del fogón y vio la botella de aguardiente sin corcho encima de la meseta. Todavía le quedaba ron, por lo que se

**empinó y se bebió un largo trago.**

**Mientras se vestía sintió el silbido de la cafetera. Apagó el fogón y se preparó una tasa de café amargo. Fue hasta el cuarto y sacó de una gaveta una pistola makarov. La guardó en su cintura y se puso la camisa.**

**Lentamente se tomó el café negro mientras meditaba en los próximos pasos a seguir. Le seguía molestando el olor húmedo de aquel apartamento.**

**Dejó la llave en la recepción y salió a la calle.**

**Una densa neblina se destacaba a lo lejos, en la base de las montañas. Un hombre en bicicleta le pasó por al lado y le miró con curiosidad.**

**Pueblo chiquito, infierno grande –pensó el Tabo y prendió un cigarrillo.**

**Al llegar al único parque público del pueblo torció a la izquierda y encaminó sus pasos hacia el cementerio local. Las cruces de las tumbas brillaban con la humedad del rocío, pero al Tabo no le importó y se sentó sobre una losa fría, oculta tras un arbusto de limón. Sacó otro cigarrillo, lo prendió y se dispuso a esperar allí el tiempo que fuera necesario.**

**Pensó en el ron que todavía le quedaba a la botella.**

**Media hora después observó a una pareja joven que se detuvo ante una tumba reciente y depositó unas flores. Se entretuvieron un rato en arrancar la hierba en derredor de la lápida y luego se retiraron.**

**Visita de compromiso –se dijo.**

**Poco después penetró en la necrópolis una mujer de avanzada edad y se**

arrodillo ante una losa. Estuvo algunos minutos con la cabeza baja, murmurando algo, se persigno y abandonó el sitio.

Marido muerto –pronunció.

Un hombre y una mujer con flores se acercaron a un nicho y depositaron sus rosas con reverencia. Mientras el hombre fumaba despreocupado, la mujer lloró largo rato. Luego se retiraron con lentitud.

Una madre perdió a su hijo y al padrastro no le importa –aseveró para sí.

Entonces llegó Gilda.

El Tabo la reconoció mucho antes de que la mujer arribara al cementerio. Tendría unos 45 años de edad, pero se conservaba juvenil y hasta podía presumir de tener un cuerpo hermoso.

La mujer entró acompañada de un joven fornido, con un sombrero de nylon negro sobre su cabeza y ruidosas polainas, que Tabo reconoció como el provocador de la cantina.

Gilda se detuvo a la entrada de la necrópolis y miró con recelo a todos lados. El joven le dijo algo en voz baja. Ella asintió y sacó de su bolsa de mano una llave.

El Tabo se ocultó un poco más detrás del arbusto, mientras les observaba.

La mujer le entregó la llave al joven, que encaminó sus pasos hasta un panteón familiar y abrió un candado.

El Tabo escuchó las pesadas cadenas al caer al suelo.

**El muchacho penetró en su interior y salió poco después con una cajita de bronce en sus manos.**

**Entonces el Tabo salió de su escondite y caminó con la pistola en la mano. Gilda lo vio venir y quedó paralizada del terror. El joven también le descubrió y reconoció al forastero que le había golpeado.**

**El mundo es chiquito, Gilda –le dijo el Tabo sin mirar al muchacho.**

**Madre -inquirió sorprendido el hijo- ¿Por qué este hombre te llama Gilda?  
¿Lo conoces acaso?**

**La mujer asintió.**

**¿Quién es, madre? –preguntó impaciente.**

**Es tu padre.**

**El rostro del mozalbete se demudó.**

**¿Cómo te llamas, muchacho? –le preguntó El Tabo.**

**Andrés –contestó casi sin aliento.**

**Bueno, Andrés, dame esa cajita.**

**El joven miró a la madre.**

**Dásela –le ordenó, demasiado consciente del poder de persuasión de una pistola makarov.**

**El Tabo tomó el cofre y lo sacudió con fuerza. Algo sonó dentro.**

**¿Pensaste que había muerto, Gilda? –le preguntó.**

Los rayos del sol habían evaporado las nubes en la base de las montañas y ahora reverberaban en sus verdes laderas.

Siempre supe que estabas vivo –contestó.

¿Y a qué se dedica el muchacho?

No hace nada.

El Tabo volvió a mirar a la mujer. Había pasado tanto tiempo desde la tarde remota en que fueran sorprendidos por la policía intentando introducir en el país desde un yate de recreo una tonelada de coca.

¿Cómo fue que la policía conoció el punto del desembarco?

La pregunta llegaba con quince años de retraso, pero la mujer reconoció el tono de quien devela un misterio.

Pura casualidad –contestó y la voz no tembló.

Gilda fue la única de un grupo de siete personas que logró escapar ilesa de un cerco policial. Cinco de los hombres del Tabo murieron en el tiroteo y el jefe, con una herida a sedal en su rostro, fue capturado. Más tarde le condenaron a presidio en un juicio escandaloso.

¿Por qué dejaste de visitarme en la cárcel?

Ya te lo expliqué la última vez y te lo repito de nuevo, tenía necesidad de criar a mi hijo lejos de ti.

El Tabo levantó la cajita de bronce.

¿Ni porque tengo esto en mis manos dejarás de mentirme?

**Gilda tragó saliva.**

**Por favor, no la abras, deja el pasado como está que en nada nos favorece –le rogó.**

**El Tabo miró al muchacho. Parecía haber disminuido de tamaño, aunque se le hacía evidente su ascendencia en aquellos ojos negros y cejas espesas.**

**Quince años en prisión es mucho tiempo, Gilda.**

**La mujer le puso una mano sobre el brazo.**

**Por favor, tú sabes bien lo que encontrarás ahí, dámela.**

**¿Y porque sigues mintiéndome?**

**Porque solo así puedo darle sentido a mi pasado.**

**El Tabo levantó sus hombros y se fue caminando hacia la salida del cementerio, sin mirar hacia atrás.**

**Gilda tenía razón en una cosa –pensó- y es que el pasado no regresa.**

**La sequedad en su garganta le desvió hacia la cantina del pueblo. Cuando llegó algunos hombres bebían sentados en sus mesas y otros jugaban a los naipes. Todos le reconocieron.**

**El cantinero llenó un vaso de aguardiente y lo puso frente al hombre.**

**¿Cómo le va, Tabo?**

**Me va –respondió y se bebió de un trago todo el contenido.**

**El cantinero llenó el vaso nuevamente.**

**El hombre cogió la botella y se sentó aparte. Puso la cajita sobre la mesa y la miró. Solo entonces se percató de que olvidó pedirle a Gilda la llavecita del cofre.**

**Un hombre arrastró un taburete y le sonrió. Era el gigante.**

**Te vi entrar temprano al cementerio –le dijo.**

**El Tabo le miró.**

**Pueblo chiquito, infierno grande –pensó.**

**Fui a enterrar una pena –contestó.**

**El hombre rio pensando que era una metáfora.**

**Yo tengo allí a todos mis antepasados desde el siglo XVIII.**

**El Tabo pensó en lo poco interesante de aquella historia y en el tamaño del hombre como para hacérselo saber.**

**¿Cuál es el precio de una libra de carne de cerdo? –inquirió solo para cambiar de tema.**

**El gigante le miró con interés.**

**¿Es un acertijo?**

**No, hombre, es una pregunta de verdad.**

**Ahhh, pues –se rascó la cabeza- está a unos 8 pesos.**

**La luz que penetraba por la puerta se ensombreció, como en un eclipse**

de sol. Alguien fornido estaba parado a la entrada. Cuando dejó pasar la claridad, el Tabo pudo reconocer el rostro de su hijo.

El joven se quitó el sombrero y caminó en dirección al padre. Al llegar a su mesa, le alargó la mano con una llavecita entre sus dedos.

Dice que te faltó esto.

El hombre tomó la llave y la puso sobre la caja metálica.

Siéntate.

El joven titubeó.

El Tabo miró al gigante, quien farfulló algo sobre un juego de naipes y se retiró.

Andrés arrastró un taburete y puso el sombrero sobre la mesa.

Mi madre siempre me contó que tú vivías en el extranjero.

Puede ser –contestó- porque no hay nadie más parecido a un inmigrante que un presidiario.

Andrés observó la cajita de bronce.

Ya sé lo que contiene –le dijo.

El Tabo asintió.

Yo también.

¿Te quedarás a vivir en este pueblo? –inquirió esperanzado

El Tabo sonrió.

**A este pueblo le sobran los muertos.**

**El joven lo miró interrogante, sin comprender.**

**¿Adonde irás?**

**Por vez primera desde su llegada al pueblo el hombre hizo un gesto de incertidumbre**

**¿Quién sabe? Puedo quedarme parado a ver el mundo pasar.**

**Entonces puso sus dos manos sobre la cajita y la empujó hasta su hijo.**

**Dale esto a tu madre y dile que el pasado es una mierda.**

**El Tabo se levantó de la mesa, pagó la cuenta y abandonó la cantina. En el hotel liquidó su hospedaje, subió a la habitación y recogió sus escasas ropas.**

**Antes de llegar a la terminal de trenes, se volvió, miró por última vez al pueblo, con sus calles de tierra dura y casas de techos de zinc.**

**Había un tren aparcado en el andén.**

**En la casilla del ferrocarril preguntó el precio del pasaje, pagó y subió a uno de sus vagones, sin importarle el destino. Antes de quedarse dormido, pensó en Gilda y en aquella enigmática respuesta el día de su última visita al presidio.**

**No volveré a verte, Tabo, pero si quieres saber algún día de mí tendrás que buscarme en el cementerio.**

**Entonces pensó que la mujer lanzaba una oscura profecía sobre su propia**

muerte, pero solo en la soledad de su celda, atando cabos, pudo componer cada pieza del rompecabezas y lo que vio no le gustó.

Solo su hijo le impidió matarla.

Ya estoy viejo para dejar huérfano a la gente –dijo y se durmió.

La mujer sintió el pitazo del tren a lo lejos en el momento en que René entraba a la casa con la cajita de bronce bajo el brazo.

Dice que el pasado es una mierda –y dejó caer la cajita al suelo, que al chocar contra el piso partió la espiga de seguridad y se abrió.

La madre sintió el portazo en el cuarto de su hijo. Pensó en el Tabo y en todo el daño que le había ocasionado. Se inclinó y levantó la cajita del suelo. En su interior había una placa dorada con el escudo en relieve de los órganos del Ministerio del Interior de la República de Cuba y su número de identificación personal. Debajo un papel doblado. Lo sacó.

Leyó el texto con la vista. Se le hace un reconocimiento especial a la primer teniente Eleonor Saavedra Martínez por su exitosa participación como la agente Gilda en la infiltración y captura de un grupo de narcotraficantes latinoamericanos con base de operación en Colombia.

El jefe del grupo, Sebastián Castillo Zamora, de nacionalidad cubana y apodado Tabo, el Carnicero, desde su época de púgil multi-campeón regional, se halla confinado en el centro penitenciario de Boniato, en la ciudad de Santiago de Cuba.

Por los méritos de la agente Gilda...ta, ta, ta, ta....

**La mujer dobló suavemente el papel y lo guardó en el cofre. Miró por la ventana y alcanzó a ver un tren que se perdía entre las montañas.**

**FIN**